

¿PODRÁ VER?

¡Linda estaba tan entusiasmada! A ella y a su esposo les había llegado el llamado para ir al campo misionero. Y aunque estaba un poco triste porque no le sería fácil dejar su hogar, y a su madre, y a su padre, Linda quería ir.

Durante los meses siguientes, Linda estuvo tan ocupada que no tuvo tiempo de sentirse triste al pensar en abandonar su hogar. ¡Había tantas, tantas cosas que comprar y empaquetar en grandes baúles y cajas! Por fin todo estuvo listo y embarcado en un gran buque que los iba a llevar al África. Lentamente el barco se alejó de la tierra y navegó durante días y días en el vasto océano. Por fin llegaron a su nuevo hogar en la Misión del África Occidental.

El esposo de Linda era un predicador y ella era enfermera. A menudo ayudaba al médico de la misión. Cuando el doctor tenía que ausentarse, ella atendía a la gente enferma que acudía para recibir ayuda. A veces esto no era fácil.

Hacía calor en África. Día tras día, el sol quemaba la tierra desnuda. No había brisas suaves que refrescaran las piezas de la misión.

Cada día llegaban muchachos y niñas para que el bondadoso doctor y la enfermera los atendieran. Estas criaturas tenían llagas muy feas en sus cuerpos.

Un día Linda oyó a alguien que gritaba y se dio vuelta para mirar. Un hombre que llevaba a un niño en los brazos corría hacia el hospital de la misión. La madre del niño los seguía nerviosamente.

El niño se había caído de un árbol, y había quedado detenido en una rama. Una astilla se había clavado encima del ojo. Su cara estaba lastimada y cubierta de sangre.

Linda miró a la pobre criatura, pequeña y sucia. “¿Qué haré?” se preguntaba. “El doctor no está aquí. Si cometo un error el niño quedará ciego para toda la vida”.

Entonces pensó qué haría Jesús en tal caso. “¡Oh, Dios! —oró ella—, no puedo despedir al niño, ayúdame a salvarle el ojo”.

Después que hubo quitado la astilla, cosió la herida y la vendó. La madre había estado observando todo el tiempo mientras la enfermera trabajaba con el niño. “¿Podrá ver de nuevo?” preguntaba vez tras vez.

La misionera le contestó: “Yo le he pedido a Dios que ayude a su hijito para que pueda ver y creo que Dios lo hará”.

Día tras día la madre iba con el niño para que la enfermera le curara el ojo. Vez tras vez la madre hacía la misma pregunta: “¿Podrá ver? ¿Podrá ver de nuevo?”

Cada día mientras cambiaba la venda la misionera oraba. “¡Oh, Señor, querido Señor, haz que el niño vea otra vez!”. Pero pasaron varios días y el niño aún no podía ver.

Pero una mañana, cuando Linda sacó la venda, el niño gritó: “¡Puedo ver, puedo ver!” ¡Qué felices estaban todos!

Mientras Linda los observaba alejarse, se sentía feliz de haber sido bondadosa con ellos. Y oró: “Querido Señor, te doy gracias porque le ayudaste a ver de nuevo”.